COLEÇÃO CULT

Transversalidades da cultura

Linda Rubim &
Nadja Miranda (orgs.)

EDUFBA

El espacio cultural latinoamericano revisitado[1]

Manuel Antonio Garretón M.[*]

Las hipótesis básicas del espacio cultural latinoamericano

I. AMÉRICA LATINA Y LA GLOBALIZACIÓN.

Como se ha señalado en otros trabajos[2], hay que entender la globalización, es decir, la interpenetración — principalmente económica, comunicacional y cultural — entre las diversas sociedades, atravesando los Estados nacionales, como una realidad actual o futura, sin que esto signifique suscribir una visión eufórica ni una visión catastrófica de ella. En efecto, ni es el paraíso, ni es el infierno: es un dato como lo fue también la revolución industrial, que en un momento se confundió con el desarrollo capitalista. De modo que debemos aprender la diferencia entre globalización y neoliberalismo y ver cómo nos movemos en la primera y cómo atacamos al segundo.

La cuestión que se plantea, entonces, ya no es globalización "sí" o globalización "no", sino cómo se va a producir esta mundialización: si en la forma actual ligada al imperialismo, si a través de la inserción aislada de cada país, o bien a través de grandes bloques de países.

* Manuel Antonio Garretón M. é profesor da Universidade do Chile.

1 El siguiente texto corresponde a la conferencia en III Enecult, Bahia 2007. Se trata de una versión revisada y ampliada de los trabajos publicados en Revista Todavía, Buenos Aires, Diciembre 2003 y en el capítulo II de "Del post-pinochetismo a la sociedad democrática. Globalización y política en el bicentenario" (Santiago, Random 2007). Una completa exposición sobre el tema en M.A. Garretón, J. Martin-Barbero, M. Cavarozzi, N. García Canclini, G. Ruiz Jiménez, R Stavenhagen "El espacio cultural latinoamericano. Bases para una política cultural de integración" (Fondo de Cultura Económica, 2003.

2 Ver, entre otros, M.A. Garretón, La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo (LOM Ediciones, Saniago, 2000).

En este sentido, nuestra primera hipótesis es que no habrá integración de los países latinoamericanos a la globalización si no es por medio de la integración en un bloque propio.

2. CENTRALIDAD DE LA CULTURA.

Nuestra segunda hipótesis es que la dimensión cultural constituye un eje fundamental en la conformación de un bloque latinoamericano que se integra al mundo globalizado.

Parece indiscutible que estos bloques son espacios territoriales con una dimensión económica. Pero también es posible pensar que el eje de ellos estará situado en lo cultural o lo que hemos llamado "modelos abiertos de modernidad", esto es, la capacidad de combinar la racionalidad científica, la racionalidad emancipatoria, la racionalidad instrumental tecnológica, con las formas de subjetividad, las memorias y las tradiciones históricas.

Esta amalgama será la base, y ello porque cada vez más la cultura pasa a ser una fuerza productiva sin la cual la economía no existe, y también porque, con el debilitamiento de los Estados nacionales y la política, advertimos que la cultura pasa a ser el "cemento" de las sociedades. De hecho, es principalmente desde la cultura que se organizan las fuerzas en lucha contra los poderes transnacionales de la economía o las formas políticas de dominación.

¿Qué entendemos por cultura? Sin pretensión de originalidad, hay dos dimensiones cuya vinculación nos parece indispensable para nuestro planteo. Por un lado, la cultura es el conjunto de las preguntas y respuestas por el sentido, que tiene que ver con las formas de comunicación, las identidades y el lenguaje, con la manera de pensar, los modelos éticos y de conocimiento, con el significado que le damos a nuestras acciones, con la creatividad y con la manera como definimos el espacio, el tiempo, la naturaleza y la relación con los otros. Se trata aquí de

la cultura como sustrato. La segunda dimensión está relacionada con los grandes aparatos e instituciones, y con las cristalizaciones de esas preguntas y respuestas por el sentido en el campo de lo simbólico. En esta instancia habrá que considerar la educación, la ciencia, la tecnología, la creación artística, las industrias culturales. La idea central que queremos defender aquí es que una política cultural o el contenido de las políticas culturales es siempre una referencia a estos dos campos, reconociendo la autonomía de cada uno.

3. AMÉRICA LATINA COMO ESPACIO CULTURAL.

La tercera hipótesis es que si la conformación del gran espacio mundial se hace a través de espacios culturales, América Latina puede ser uno de esos espacios. Un espacio cultural incluye el componente simbólico, lo que llamamos la o las culturas, los espacios científico-tecnológicos y educacionales y los intercambios entre los distintos miembros o componentes de ese espacio. Afirmar a América Latina como espacio cultural está muy lejos de ser un invento arbitrario o un gesto voluntarista, puesto que hay muchos rasgos que ya forman parte de lo que hoy podríamos llamar el patrimonio de este espacio, más allá de la dimensión geográfica. Por ejemplo, la lengua, ciertos hitos históricos que prácticamente todo el conjunto de países de la región ha vivido, el déficit de racionalidad instrumental, el papel del Estado y la política en la conformación de nuestras sociedades. Asimismo, se puede hablar de varios sub espacios en las líneas fronterizas, también de un subespacio centroamericano o andino, o de los sub espacios económicos que se han ido conformando. Hay además una presencia hacia afuera de América Latina en lo artístico, por ejemplo, pero también a través de las emigraciones o de modelos de vida urbana que se reproducen en otros contextos culturales. Todo eso configura el germen de lo que tenemos hasta ahora en el espacio cultural latinoamericano.

Sin embargo, tres cuestiones parecen debilitar la idea de ese espacio común. Por un lado, tal como se ha desarrollado hasta ahora, la globalización ha significado la descomposición o la erosión de las comunidades nacionales o multinacionales, base de cualquier espacio cultural. Recordemos que, históricamente, el eje del espacio cultural latinoamericano fueron las identidades nacional-estatales, que avasallaron a las otras formas de identidad. La situación actual plantea como tarea fundamental la reconstrucción de la comunidad política, lo que debe hacerse en tres niveles: el local o identitario cuando lo identitario se corresponde con lo local, el nacional-estatal, es decir, necesitamos Estados fuertes, y el de las polis supranacionales, es decir, el espacio latinoamericano. Volveremos sobre esto.

En segundo lugar, está el problema de la exclusión social, esto es, la expulsión de masas que ya no pertenecen a las comunidades nacionales ni siquiera en calidad de explotadas u oprimidas, sino que aparecen como simplemente sobrantes.

En tercer lugar, falta voluntad política para la construcción de un espacio común. Es cierto que hay avances en esa dirección; sin embargo, todavía no se advierte lo más importante: una decisión precisa que plantee la formación y la institucionalización de ese espacio. Es decir, no parece haber conciencia entre los grupos dirigentes de que, si el énfasis en las cuestiones económicas de la integración afecta intereses que finalmente se oponen a ella, el énfasis en la dimensión cultural — menos conflictiva — puede hacer avanzar la integración en su conjunto, incluyendo las dimensiones económica y política.

Ahora bien, un espacio cultural está compuesto por varios elementos. A propósito de ellos, resaltaremos sólo algunos aspectos para ilustrar los principales problemas.

Identidades y patrimonio.
El primer componente que mencionaremos son las identidades. Más allá de la discusión a veces inconducente sobre la esencia de una identidad latinoamericana, y del reconocimiento de la importancia de las identidades nacional-estatales pese a su actual debilitamiento, hay dos cuestiones que afectan la constitución de un espacio cultural común. primero, su transformación, que consiste, por un lado — como efecto de la invasión del modelo económico y comunicacional transnacional en las sociedades —, en la aparición de nuevos grupos con sus propias identidades, con sus propias respuestas a la pregunta por el sentido, lo que se ve sobre todo en el mundo de los jóvenes, pero también en otros segmentos sociales. Por otro lado, en los últimos tiempos se ha expandido la identidad de tipo étnico, que — como en otra época las políticas — parece ser portadora de un proyecto general que supera ámbitos parciales de la vida social, pero que puede quedar reducido a su propia base sociocultural. En todo caso, frente a la transformación de las identidades, se trata de desarrollarlas y protegerlas, pero, al mismo tiempo, de reforzar los elementos comunes, transversales, republicanos y ciudadanos, tanto en el ámbito de las comunidades nacional-estatales como en el ámbito latinoamericano. Esto supone determinados intercambios, movilidades y experiencias orientados al desarrollo de vínculos entre los diversos grupos.

La otra cuestión importante en torno a las identidades es el diálogo entre la dimensión identitaria y las otras dimensiones de la cultura, tanto en el ámbito nacional-estatal como latinoamericano, es decir, la educación, la ciencia y la tecnología. En este sentido, es evidente que el mundo globalizado, que se desarrollará a través de los bloques o espacios, tiene un sustrato científico y tecnológico que entra en tensión con la dimensión identitaria, dado que en general se trata de culturas sobre todo orales que pasaron rápidamente al soporte audiovisual.

El segundo componente de un espacio cultural es el patrimonio. Hay, aquí, dos grandes líneas: la monumental y la de la memoria. Si bien ciertos países tienen políticas nacionales de patrimonio, estamos muy lejos del desarrollo de los aspectos comunes del patrimonio y la memoria. Y ello no es posible sin pensar en una institucionalidad latinoamericana, tema sobre el cual volveremos.

El campo educacional y científico-tecnológico

El tercer componente es la educación. Lo que hay que tener en cuenta es que las reformas educacionales que se hicieron en la década de los noventa fueron valiosas en términos de su orientación y adecuación al desarrollo económico, pero muy débiles en cuanto al sustrato cultural. Por ejemplo, aunque algunos países hayan incluido el componente latinoamericano en los programas educacionales, en general su incidencia fue muy pobre. La idea era formarse como ciudadano y trabajador de su país y de ahí ingresar al mundo globalizado.

A este aspecto podemos agregar que el principal espacio cultural institucional en América Latina — aun con todos los defectos que se le atribuyan — fue la universidad nacional pública, actualmente un modelo en crisis por la propia mercantilización de los servicios que ofrece, por la expansión de la universidad privada y por el déficit de los recursos que recibe del Estado. Se puede volver a la universidad pública tal como existió antes o buscar fórmulas que intenten redefinir lo que fue su proyecto original, indispensable en la construcción de una sociedad. Pero lo más probable es que la universidad pública deba salvarse con un esfuerzo común latinoamericano, de lo cual ya hay algunos gérmenes. En este plano es fundamental la cooperación inter universitaria, porque — dada su debilidad — no basta que las universidades se pongan de acuerdo en cada país. Es preciso

que se organice una institucionalidad supranacional que provea los recursos, por ejemplo, para los doctorados, porque en Latinoamérica es difícil, salvo quizás en el caso de Brasil, tener buenos doctorados capaces de interactuar con los grandes centros del mundo.

El cuarto componente de todo espacio cultural, estrechamente ligado al anterior, es el científico-tecnológico. Considerados aisladamente, los países de la región carecen tanto de recursos como de una masa crítica de investigadores, ambos necesarios para superar la brecha con los países desarrollados. Hay que buscar una política científica latinoamericana, lo que exige organismos supranacionales de promoción y desarrollo de ciencia y tecnología, como los Conicyt nacionales.

Las industrias culturales.

El último componente de un espacio cultural que mencionaremos, son las industrias culturales. Estas están redefiniendo los comportamientos, las percepciones y las formas de creatividad, muchas veces a través de los controles de los grandes poderes y cadenas transnacionales, como ocurre con las editoriales y el audiovisual. Ello plantea el problema crucial de la vinculación entre industrias culturales y culturas populares. Hay que recordar que en ciertas áreas América Latina ha sido pionera; por ejemplo, en materia de comunicaciones, área en la que se desarrolló un proyecto de prensa alternativa incluso a través de UNESCO. Actualmente, sin embargo, no existen registros de nuevas producciones, ni bases de datos fundamentales para poder enfrentar políticas como las de las grandes editoriales del mundo, ámbito donde ha habido un retroceso en la región.

De modo que, si el ideal es que en América Latina pueda existir un proyecto de industrias culturales comunes en aquellos ámbitos en que un país aislado no puede producir, habría que

impulsar la creación de una instancia de estudios y propuestas para lograr ese objetivo.

Voluntad política e institucionalidad del espacio cultural

Un espacio cultural se construye a través de sub-espacios, circuitos y flujos no siempre formales, pero también de acuerdos, convenios e instituciones. y no puede negarse que en las ultimas décadas ha habido significativos aunque parciales avances en esta materia.

¿Cómo puede seguirse avanzando en la construcción del espacio cultural? Hay una primera manera, gradual, que consiste en la promoción de proyectos en alguno de los campos que hemos señalado: el educacional, el científico y el tecnológico, el patrimonial. Para ello, puede constituirse un fondo de iniciativas y alentar la intervención de diversos sectores de la sociedad, en la medida en que la integración es tarea no sólo de los gobiernos, sino también de las sociedades. Un proyecto importante en esta dirección puede ser un gran centro de estudios de políticas culturales para analizar y evaluar propuestas funcionales al armado de un espacio cultural.

Sin dejar de lado la primera fórmula, lo cierto es que cualquier iniciativa que vaya más allá de la tendencia inercial a la construcción de un espacio cultural requiere voluntad política y una instancia, como lo fue la CEPAL en los años cuarenta para las políticas económicas, que coordine, promueva, movilice recursos e institucionalice políticas culturales comunes a todo el espacio latinoamericano. Si América Latina no quiere quedarse afuera de los procesos de mundialización, es hora de pensar en una institucionalidad para su espacio cultural.

Examinaremos ahora la problemática del espacio cultural latinoamericano desde la perspectiva de la evolución reciente de dos ámbitos.

Las perspectivas de las políticas culturales y la nueva problemática socio-histórica.

I. EL NUEVO PARADIGMA DE LAS POLÍTICAS CULTURALES.

Si recordamos el momento cultural cuando surge la idea del espacio cultural latinoamericano, podemos hablar de un paradigma de los noventa en cuanto a políticas culturales. El contexto, con variaciones según los países, se caracterizaría por la irrupción de la globalización y su rechazo radical o aceptación triunfalista o eufórica, la visión libre comercial de la integración, a través de tratados, la pérdida de centralidad de la política post-transiciones democráticas y la dogmatización neo-liberal de los mecanismos de mercado, la explosión identitaria, el primer impacto de las nuevas tecnologías de la información, la masificación del consumo cultural y la expansión de grandes aparatos culturales.

En los términos planteados al inicio de esta trabajo, las políticas culturales eran más de aparatos e instituciones que de sustrato y se caracterizarían por la búsqueda de legitimación de políticas estatales, generación de institucionalidades para desarrollar cultura, protección frente a la globalización, incorporación o acceso a la cultura autonomizada de la educación pero con claro prioridad de ésta, predominio de los enfoques multiculturalistas para dar cuenta de las identidades.

En la primera mitad de la década del 2000 y entremezclado con elementos del paradigma de los noventa, aparece un nuevo contexto caracterizado por la aceptación del fenómeno de la globalización y la búsqueda de alternativas (el paso de la anti globalización al alter mundialismo), un nuevo sentido de de la diversidad cultural y la unidad nacional bajo el concepto de hibridación de identidades o inerculturalidad, revalorización de la política y pregunta por la calidad de la democracia, el llamado "giro a la izquierda" de muchos gobiernos, decepción o reconoci-

miento de los límites de las reformas educacionales, búsqueda de nuevos sentidos para las TIC vinculadas a las cuestiones de identidad, decisiones duras en materia de integración que enfatizan su carácter político y cultural por sobre el económico comercial.

En este contexto aparecen sobre todo las cuestiones de política cultural de sustrato, cómo hacerse cargo desde las políticas culturales de la nueva problemática socio-histórica latinoamericana y de la reconstrucción de sus sociedades y del nivel supranacional,. y ello pone en la escena las políticas de identidades, científica, y frente a los medios de comunicación, entre otras, las que no pueden sino definirse a nivel del espacio cultural de la región. Ello significa insistir, entonces, en que ésta adquiere una nueva relevancia tanto en lo que se refiere a su papel como fuerza productiva, lo que obliga a pensar en políticas científico-tecnológicas a nivel regional, como en lo referido a las identidades que han dejado de ser exclusivamente estatal-nacionales, memoria histórica y colectiva que redefinen la noción de patrimonio cultural y apuntan a una redefinición del pasado en función de nuevos proyectos históricos, industrias culturales o poderes e influencias mediáticos, que de no abordarse a nivel latinoamericano dejarán a estos países dependientes de los poderes fácticos transnacionales en la definición de sus imaginarios y proyectos.

2. LA PROBLEMÁTICA SOCIO-POLÍTICA E HISTÓRICA

En las últimas décadas, y es ya un tópico decirlo, América Latina, independientemente de cómo la definamos ha sufrido transformaciones estructurales y culturales de enorme significación. Por un lado, el impacto de la globalización o mundialización, ya mencionadas, y de las reformas neo-liberales que apuntaban a un nuevo modelo de desarrollo con el ambivalente resultado de debilitar a los Estados nacionales, dificultades de entrar en la sociedad de la información, desarticulación de los actores

sociales clásicos, y, al mismo tiempo, generación de nuevas formas de movilización y presencia de nuevos actores sociales y búsqueda de relegitimación, y, por lo tanto de fortalecimiento de los mismos Estados. Por otro lado, un relativo crecimiento económico que después de la "década perdida" ha significado una disminución relativa de la pobreza, aunque aumento en números absolutos, pero que no ha resuelto ni el problema de las desigualdades ni de definir un papel protector y dirigente del Estado ni tampoco la transformación de los sistemas productivos. Finalmente, la generalización de regímenes democráticos por primera vez en la historia, acompañada de debilidades institucionales, de los sistemas de representación y de las formas efectivas de participación ciudadana.

Los estudios latinoamericanos centrados en la región como una unidad socio-histórica abordaron en otras décadas, como problemática central sucesivamente, el desarrollo, la revolución, la democracia. La derrota de muchos de los proyectos de cambio, la recuperación democrática, y los fenómenos de globalización y reformas estructurales que afectan diferencialmente a los países, ¿han significado que desaparece una problemática propiamente latinoamericana, quedando reducida a éstas a dinámicas y estrategias de países aislados pero que tampoco, por efectos de la globalización, tienen fuerza y autonomía? ¿Es posible redefinir una unidad de la problemática latinoamericana? Hay quienes afirman que América Latina como unidad de análisis y proyecto ya no existe y que, a lo más, hay ciertos polos que se desprenden y alejan de la región.

En diversos trabajos, en algunos casos en colaboración con otros intelectuales, hemos desarrollado algunos posibles ejes de reconstitución de una problemática latinoamericana, desde una perspectiva que no puede sino ser interdisciplinaria, como lo hicieron los estudios de los períodos anteriores centrados en el desarrollo, la dependencia, la revolución o la democracia.

El primero es el concepto de matriz socio-política, que estudia la descomposición e intentos de recomposición de las relaciones entre Estado, sistema de representación, base socio-económica y orientaciones culturales, mediadas por el régimen político[3].. Aquí la pregunta básica es hasta qué punto los procesos de globalización permiten hablar de modelos de sociedad que tienen su base en los Estados nacionales y si hay, como hubo en la época estatal-nacional-popular, una matriz propia de América Latina con sus variaciones, o si, fuera de la vigencia de democracias formales, cada país ha desarrollado su propia matriz, con lo que deja de haber una problemática común.

En este sentido la respuesta es doble. Por un lado, no pareciera existir una nueva matriz socio-política estable que pueda considerarse común a todos los países o a un grupo significativo de ellos. Por otro, es posible discernir un nueva problemática, post transiciones democráticas y post "Consenso de Washington", que afecta al conjunto de estas sociedades, pero que se expresa de diversa manera y que da origen a modelos de respuesta que tienen una asombrosa semejanza al modo cómo cada una de estas sociedades resolvió sus problemas en el pasado, pero que, en todos los casos esta vez se da bajo regímenes democráticos.

Esta nueva problemática común puede definirse como la recomposición de las relaciones entre Estado y sociedad, lo que en casos extremos donde colapsó o se derrumbó el sistema político anterior, adquiere la forma o la apelación al menos a la reconstrucción o refundación de la nación. Ello es apreciable tanto en lo que se llama "giro a la izquierda" o "nuevos populismos" o tras las movilizaciones que a veces terminan con cambios de mando, o en los procesos que llevan a nuevas Constituciones.

A veces en forma más pura, otras veces en forma ambivalente o híbrida, están en curso modelos de recomposición que oscilan entre un polo "politicista", es decir desde la política ya sea a través de liderazgos personalizados y movilizadores, donde se ha

3 Ver M.A. Garretón, M. Cavarozzi, P.S Cleaves, G. Gereffi, J. Hartlyn, "América Latina en el siglo 21. Hacia una nueva matriz socio-política" (LOM Ediciones, Santiago 2004)

producido una quiebra en el sistema de representación (caso de Venezuela principalmente) o desde el sistema de partidos (caso chileno o uruguayo), un polo "societalista", es decir desde la sociedad y los actores sociales, ya sea a través de la apelación a la identidad étnica (caso boliviano) o a la "sociedad civil" (distintas versiones de los Foros Sociales o de regionalismos radicales), o desde un aparato tecnocrático del Estado que intentan saltarse la política (propuestas de organismos internacionales, especialmente Banco Mundial).

El proceso de recomposición de las relaciones entre Estado y sociedad o de reconstrucción de la comunidad política tiene al menos tres dimensiones: ética, que apunta al núcleo de orientaciones culturales que definen la identidad de la nación; socioeconómica, que apunta a la disminución de las desigualdades; y política, que apunta al nuevo ordenamiento constitucional en algunos países y, en todos ellos, a la reforma del Estado y asegurar las formas de participación ciudadana. En la medida que esta reconstrucción se da a niveles local, nacional y supra nacional, y constituye una problemática común, ello refuerza y da nuevos contenidos a la formación del espacio cultural.

En conclusión, se trata de un mutuo reforzamiento, en torno al espacio cultural, entre elementos socio-políticos y la dimensión cultural.

Lo que se quiere afirmar, y a la luz de las transformaciones recientes, es que no parece viable el destino de nuestras sociedades en el mundo globalizado si no es a través de procesos en los cuales, junto a la recomposición de los Estado y sus relaciones con la sociedad, se produzca la lenta y gradual pero consistente conformación de un bloque de países, y donde el eje puede ser precisamente la dimensión cultural, como en otros contextos lo fue la dimensión económica.